AÑO III BUENOS AIRES, FEBRERO 3 DE 1919 N.º 64

LA NOVELA SEMANAL

L 526

LA SERENA PROSA

por

Arturo Giménez Pastor

PRECIO: 10 Centavos

Más de 200.000 personas la leen

Un dardo

Pedro Bignoli

augura a su distinguida clientela un feliz año nuevo.

C. Pellegrini esq. Sarmiento
B. Aires

Bazar y Menaje
Sombrillas Paraguas
Bastones y abanicos

Siguiendo nuestra habitual costumbre de los años anteriores, desde la fecha obsequiaremos a nuestros clientes con un interesante

AGUINALDO

N.º 3696 - BOLSITA de metal plateado "Davis", con mallas reforzadas, 20 x 13 centms., $ 22.—

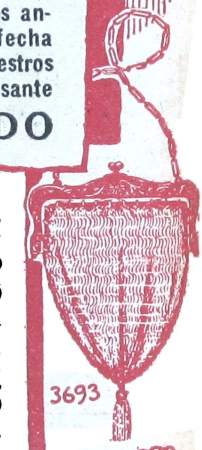
N.º 3694 - De 24 x 12 centímetros... $ 15.50

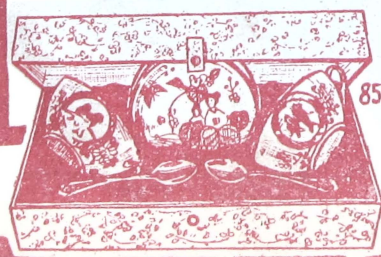
La misma, tamaño 20 x 11 centímetros, $ 13.50

N.º 3693 - De 22 x 13 centímetros.... $ 22.—

N.º 935 - La oferta sensacional de la casa consiste en esta elegante BOLSITA de metal plateado y mallas reforzadas, de 12 x 12 ctms. Artículo de metal Silver, muy recomendable... $ 4.50

N.º 851 - Hermoso ESTUCHE con dos tazas y platitos para té, de fina porcelana japonesa, con cucharitas de metal plateado.. $ 4.50





Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso y Cía. — Belgrano 475

"LA NOVELA SEMANAL"

Administración: FLORIDA 248—Buenos Aires—U. T. 946, Avenida

Unico Concesionario para la venta en la Capital Federal: LUIS B. GALVAN, Sarmiento 730.

Agencia en el Uruguay: Río Negro 1266. — Montevideo

Las personas que tengan interés por la venta en el interior de la República Oriental, pueden solicitar la sub-agencia a esa dirección.

Agente en Rosario: CELEDONIO ECHAVE, San Lorenzo 1200.

Agente en La Plata: AGENCIA CARBONELL, calle 48, núm. 633.

Agencia en Mar del Plata: Diario "La Capital", San Martín 2451.

Agente en Córdoba y Río 4.º: NICOLAS GULFO.

Y en todas las principales localidades de la República.

Las personas que tengan interés por la venta de "LA NOVELA SEMANAL" en las localidades del interior de la República, donde no tengamos representantes, pueden solicitar la agencia de nuestro semanario, siempre que acrediten tener la responsabilidad necesaria para el caso, a la Agencia General, Rivadavia 1573, Buenos Aires.— LA ADMINISTRACION.

IMPORTANTE PARA EL LECTOR

Todas nuestras obras pueden adquirirse en la Administración, **Florida 248**, o en los kioskos, estaciones del subterráneo y ferrocarriles, vendedores de diarios o a nuestros agentes del interior y exterior.

PRÓXIMAMENTE — NÚMERO ESPECIAL EN DOS PARTES

"EL BASTONAZO", por Belisario Roldán

Sucesivamente obras de: Lugones, Muzzio Sáenz Peña, Mariano de Vedia, Mamá Justa, Horacio Oyhanarte, Rubén Darío, Manuel Gálvez, Remón A., Elsa Norton, García Velloso.

Tómese un vaso de agua caliente antes del desayuno

Así podemos parecer y sentirnos limpios y confortables y frescos y evitar las enfermedades

La ciencia sanitaria ha dado de poco tiempo a esta parte pasos gigantescos con resultados que son de indecible bien a la humanidad. La aplicación más reciente de su infatigable investigación es la recomendación de que es tan necesario atender a la limpieza interna del sistema de desagüe del cuerpo humano como lo es con respecto a los albañales de la casa.

Aquellos de nosotros que estamos acostumbrados a sentirnos pesados y molestos cuando nos levantamos, con fuertes dolores de cabeza, tupidos a causa de resfriado, lengua saburrosa, mal aliento y acedía, podemos por el contrario, sentirnos tan frescos como una margarita, abriendo los canales del sistema todas las mañanas y eliminando la totalidad de la materia venenosa interna estancada.

Todo el mundo, ya sienta dolores, esté enfermo o esté bien, debería tomar todas las mañanas antes del desayuno una cucharadita de fosfato limestone en un vaso de agua caliente para eliminar del estómago, el hígado, los riñones y los intestinos las substancias indigestas del día anterior, la bilis ácida y la toxinas venenosas, y así limpiar, suavizar y purificar todo el canal digestivo antes de introducir más alimento en el estómago. La acción del agua caliente y el fosfato limestone sobre el estómago vacío es fortificante de modo maravilloso. Elimina las fermentaciones ácidas, los gases, desechos y acidez y da un espléndido apetito para el desayuno. Mientras usted está desayunándose, el agua y el fosfato están tranquilamente extrayendo un gran volumen de agua de la sangre y preparándose para hacer un lavatorio completo de todos los órganos internos.

A los millones de personas que padecen de estreñimiento, de ataques biliosos, desarreglos del estómago, rigidez reumática, así como otros que tienen la piel cetrina, desórdenes de la sangre y aspecto enfermizo, se les recomienda procurarse en la botica un cuarto de libra de fosfato limestone, que les costará poco, pero que es suficiente para hacer de cualquiera un maníaco de la limpieza interior.

Para informes: LUIS F. MILANTA. — Rivadavia 1355

AÑO III — BUENOS AIRES, LUNES 3 DE FEBRERO DE 1919 — N° 64
DIRECCION
MIGUEL SANS — ARMANDO DEL CASTILLO

EL LUNES PRÓXIMO PUBLICAREMOS

"UNA SEMANA DE HOLGORIO"
por ARTURO CANCELA
(autor de "El cocobacilo de Herrlin")

Esta novela de actualidad, inspirada por los sucesos ocurridos durante la semana trágica de Buenos Aires y que han conmovido a toda la opinión sana del país, está llamada a constituir uno de los mayores éxitos de LA NOVELA SEMANAL, por compendiarse en ella la extraña serie de incidencias pasadas, y cuyos protagonistas descríbelos el autor con sus modalidades de acerbo crítico, profundo observador y fino ironista.

LA SERENA PROSA

POR

ARTURO GIMENEZ PASTOR

Aunque la puerta que comunicaba la pieza del escribiente con el despacho de Almanza estaba entrecerrada, la ausencia en aquel momento del joven empleado me decidió a asomarme sin mayor formalidad previa, con el natural aunque discreto desembarazo de quien se sabe en casa de confianza.

Andábamos con Almanza en negociaciones sobre un asunto que nos tenía en contacto frecuente y cordial y que nos había hecho buenos amigos; él en mi estudio y yo en el suyo éramos recíprocamente "persona grata", como se dice en estilo diplomático; la luna de miel de las amistades frescas.

Asomé, pues, al despacho de Almanza con un familiar "¿se puede?", hecho sonrisa.

—Adelante, che — dijo desde su asiento Almanza.

Estaba ante su mesa-escritorio, apartado de ella por un cuarto de vuelta de su taburete giratorio que le hacía dar frente a la ventana, y tenía sobre sus rodillas un niño como de cinco años que jugaba con él graciosamente, haciendo sonar y reflejar la cadena del reloj y tocando con la puntita del curioso índice la piedra del alfiler

En la última página insertamos la lista de las interesantes obras publicadas, que recomendamos adquieran todos los coleccionistas.

de corbata, mientras respondía, echando ora sobre un hombro ora sobre el otro la bonita cabeza, sin separar la mirada de los dijes, a las preguntas que le dirigía Almanza.

Desde un asiento próximo contemplaba esa escena con afable y deferente sonrisa un señor indudablemente extranjero, fisonomía abierta y tranquila que desde luego revelaba un ánimo sereno y benévolo. El bigote recortado y unas breves patillitas apenas destacaban su color rubio-ocre sobre el asentado matiz "terracotta" de la cara, espaciosa y sana. Vestía ropa holgada y tenía el aspecto de hombre que vive bien en el campo.

Almanza nos presentó con llaneza. Como sucede en tantas presentaciones de ocasión, el nombre de aquel señor se quedó sordamente entre los labios de Almanza, que atendía en ese momento más al niño que a la fórmula de presentación; pero alcancé a oir el título de doctor.

El niño, por su parte, me miró con una abierta mirada de sus ojos negros, chiquitos, pero serenamente francos, y luego volvió a su juego y a su conversación con Almanza, a quien tuteaba, designándolo con el apodo de "Achito". El obscuro pelo corto y peinado con raya lateral, la blancura del cuellito vuelto y el esmero de engalanamiento que acusaba el lazo de la ancha corbata, decían de él que era un niño bien tratado, y su actitud era la de quien se siente en sitio familiar.

A Almanza le complacía visiblemente la presencia de aquel muchachito, su conversación infantil y la tierna confianza que le demostraba. No le era menos grata la situación, sin duda, al caballero aquel, con quien cambiamos algunas palabras sobre el niño, que él calificó de muy simpático y despejado; pero su posición, de visitante que no ocupa todo el asiento, listo para levantarse, y su actitud de quien espera una solución de continuidad en la palabra del interlocutor o en el diálogo de otros para dar fin a la entrevista, lo hacían sentir contando el tiempo. Se levantó, en efecto, aprovechando la primer oportunidad.

—Bueno, doctor... — dijo.

—¡Ah! — contestó Almanza. — Sí.

—Hemos de tomar el tren de las cinco y cuarenta...

Un abundante reloj de oro acostado en la ancha mano, afirmó la proximidad de la hora del tren.

—Perfectamente, — dijo Almanza. — Muy bien. Entonces, hasta la otra vez.

—¿Lo encuentra usted bien? — preguntó refiriéndose al muchachito.

—Muy bien, doctor. Estoy muy complacido.

Y le extendió cordialmente la mano. Besó luego al niño, a quien tomó de la manito el señor que se lo llevaba, y cambiando palabras finales, después que nos hubimos saludado con aquél, se dirigieron los tres a la puerta, acompañándolos así Almanza hasta la de salida por la pieza contigua.

Volvió con aire animado y corriente.

—¿Y ese niño?
—Es hijo mío.
—¡Ah!... Y ese señor es...
—Ese señor es el marido de la madre.

I

Fernando Almanza prepara sus exámenes de cuarto año en la situación de quien ha aplicado bien aquel aforismo que no se encuentra, sin duda, ni en Ulpiano ni en Pomponio, ni en las demás autoridades clásicas del viejo derecho civil, pero que quizá fué conocido y aplicado desde que existen cursos y exámenes en el mundo, y según el cual el año se hizo para divertirse y el último mes antes de los exámenes para estudiar lo que se pueda. Almanza se atraganta, pues, de código y textos reducidos a sutil extracto por la paciente y laboriosa haraganería que destila en "apuntes" las asignaturas tan perversa como inútilmente abultadas por el saber humano.

Con todo, uno que otro grueso volumen, de cuyo fugaz auxilio no es posible prescindir, decora con grave peso la mesa en que Almanza batalla bravamente. Y esta realidad del esfuezo basta para infundir a la pieza del atareado estudiante un carácter de juvenil dignidad escolástica que enternece al padre de Almanza cuando asoma por allí a acompañar un momento la labor del pobre examinando recluído, interrumpiéndola con un poquito de conversación que, secretamente, busca evitar la excesiva continuidad de la fatiga. Lugar donde se trabaja, donde lucha a solas el espíritu sometido a su propia energía de voluntad, es siempre lugar en que se yergue la bella austeridad de una invisible Minerva presidiendo el noble empeño de la inteligencia.

Pero la digna figura de la diosa ve todos los días en ciertos momentos esfumarse su simbólico contorno y desvanecerse su autoridad en aquella pieza consagrada al estudio, donde, como advirtiendo la reserva de los fueros de la edad, algunas imágenes femeninas ríen en las paredes con risa sensual de pintados labios; y aun algunas bailan, destacando prolijamente recortadas sobre el fondo azul mate del empapelado rítmicas actitudes y ágiles piernas, sin consideración alguna a los taciturnos libros que aquí y allá, algunos alineados en una mesilla, otros en una poco frecuentada repisa, parecen volver adustos los lomos a aquellas rientes visiones.

Es la aparición de una humilde mortal la que subvierte allí el ordenado ritmo de la actividad que con tensión débil por cierto a cualquier solicitación amable absorbe el ánimo del estudiante. La humilde mortal se llama Josefina y es la conocida "sirvientita" que en la historia de tantos veinte años tiene asignado por la naturaleza de las cosas dentro de la organización doméstica un papel que podría creerse fatalmente necesario dada la constante uniformidad con que a través de los años ha seguido cumpliéndose.

Josefina fué un hallazgo de que estaba singularmente complacida la señora de Almanza.

En las comedias francesas aparece con frecuencia la linda doncellita, la "camarera" propiamente dicha, casi aristocráticamente pulcra, que habla el más cumplido y pertinente lenguaje que pueda desearse y se porta con la inteligente y educada reserva que podría exigirse a algo así como una "señorita de servicio", que ninguna dueña de casa ha conocido sino en sueños, o a lo mucho en las comedias. Por lo demás, esas de las comedias son camareras francesas, y las camareras francesas han sido siempre, fuera del teatro, mucho más temibles que deseables para las señoras que en su buen sentido criollo saben a qué atenerse sobre lo que va de la forma al fondo en esas atildadas personificaciones de la canalla servil.

La señora de Almanza encontró en Josefina la muchacha que ese ideal ilusorio de la camarera impecable podría sugerir como realidad aproximada a un juicioso anhelo de agradable buen servicio.

Una mansa seriedad de diez y ocho años tranquilos y conformes con su suerte daba a la cara de Josefina el aire sosegado de los caracteres naturalmente equilibrados y bien dispuestos; arreglada y limpia, decentita y agraciada, sin rasgos impertinentes y sin acentuaciones de vulgaridad, pudiera haber sido una doncellita "de estilo" en algún ambiente propicio al cultivo de esos tipos de servicio doméstico.

Tenía un bonito pelo obscuro, si no fino, abundante y ondulado, con el cual se hacía un peinado sin tiranteces ni rizos que le sentaba bien; la cara, llenita y redondeada en una barbilla infantil; la entonación del cutis sugería la idea de la dorada carne del damasco; eso sí, tenía ojos de enamorada; unos ojos en que había cierta gravedad sentimental que la boca, de labios un tanto remangados, fresca y fácil a la sonrisa, rectificaba con su menuda abundancia roja.

Por demás, sabía leer, y aun leía con afición los cuentos novelescos de las revistas ilustradas.

Fernando no había fijado singularmente su atención en Josefina. Desde luego, aunque "niño" de la casa, era naturalmente poco aficionado al personal de servicio; un cierto aristocratismo sexual le hacía sentir desagradablemente la vulgaridad de las criadas, cuyas bastas manos y espesas cabelleras de recia guedeja chocaban la sensación de suavidad que era en él inseparable de la idea de lo femenino. En cuanto a esto, era la antítesis de Chafar, su antiguo camarada de colegio, que acentuando un materialismo que él creía expresivo de su condición de estudiante de medicina, proclamaba el sabroso encanto del olor a cocina que impregna la carne de las fregonas.

Almanza no era un refinado precisamente, pero prefería lo que fuera de casa se le ofrecía mejor presentado. Por lo demás, en el fondo era tímido con las mucamas; sentía desairado el papel de galán con ellas, y temía, además, las molestias de una sorpresa o una denuncia que le hubieran puesto muy avergonzado ante su madre; porque, al fin, sus veintidós años le exigían y le permitían ya expansiones menos sistemáticas.

Pero el aislamiento de la reclusión en su pieza de estudiante afligido, creó una situación distinta.

La desnuda austeridad del retiro destacaba como singular halago la figura de Josefina en aquel adusto ambiente, y en medio de la forzada brega con desabridas ideas su aparición tenía algo de asistencia cariñosa ofrecida al ánimo juvenil en penitencia.

Josefina entraba a hacer un discreto arreglo de la habitación que revelaba más solicitud de comedimiento que necesidad: toques de simple esmero, pues el hirsuto mucamo barría y removía lo pesado; y Fernando empezó a complacerse en verla ir de aquí allá; descubrió en ella un andar de donoso ritmo, un aire de simpática afabilidad que se acusaba gentil en la graciosa inclinación de la cabeza dejando visible la nuca, y una bien combada línea de caderas.

A media tarde y a la noche Josefina le llevaba el mate. Fernando tomaba mate, y aun parecía que tomara cada vez más.

Al principio, mientras sorbía la infusión, se sentía forzado a un cierto silencio de cortedad, como la de aquellos a quienes molesta que los miren comer; esto le hacía apresurarse a concluir el mate. Entretanto, el pensamiento de la "sirvientita" (la fatal "sirvientita"), que esperaba callada la devolución del recipiente, actuaba sobre él calentándole mucho las orejas y difundiendo perversa inquietud en su ánimo, cada vez menos fácil de reducir a la aplicación que los libracos aquellos reclamaban.

El hecho es que Fernando iba enamorándose de Josefina. El aislamiento de todo otro trato femenino, que hacía de ella la mujer única de los amantes; la decente reserva de la muchacha, su relativa distinción dentro de la clase, que se acentuaba con la falta de inmediato término de comparación, y su gracia bondadosa imponían en el "vis a vis" cierta mesura de conducta al joven.

Se empezó por breves diálogos difíciles, de restringida exploración.

Ella también se mostraba corta de ánimo, como emocionada. Fernando no era precisamente un seductor, y esto lo favorecía. No tenía el físico peligroso: ni el airoso bigotito de tenor; ni los bellos ojos lánguidos o los pícaros ojos engañadores; llevaba un negro bigote bonachonamente caído hasta las retorcidas guías, que debió ser de alguien un poco mayor que él, y los ojos, aunque bien trazados, eran más esféricos de lo regular; pero la boca, gruesa y encendida, era bondadosa, y la sonrisa, en ella y en los ojos, animaba la morena fisonomía con una insinuante benevolencia que la suave entonación del decir, manso y cadencioso, acentuaba todavía. Además, presumía con una bien recortada melenita.

Y luego, tenía que estudiar tanto, que afanarse tanto aquel pobre "niño Fernando"! Evidentemente estaba pálido, y hasta ojeroso; y era de la fatiga y de la inquietud; porque ¡pensar que todavía tenía que sufrir una prueba tan terrible como debe ser un examen! La simpatía que esta situación del estudiante despertaba en Josefina llegaba a ser un enternecimiento cariñoso.

Sobrevinieron diálogos angustiosamente dulces, de esos que la respiración agitada por retumbantes latidos del corazón entrecorta y oprime, y luego risueñas confianzas y gratas ternuras, que al fin se sellaron con la muda y larga presión del beso.

Cuando ella sintió en sí toda la realidad del peligro, la inminencia del apresamiento, los tentáculos del pulpo agitarse ciñéndola ya con blando y paralizante contacto, tuvo en un instante de confusa clarividencia un como melancólico y resignado convencimiento de esa predestinación de la "sirvientita" a la caída inevitable que a través de los tiempos proclama uniformemente en tantas vidas la lógica de la naturaleza en el avasallamiento de la reflexiva conducta por el instinto.

El otro instinto, el de defensa inculcado por el concepto social, pronunció con voz baja y angustiada sus sacramentales palabras:

—¡No; déjeme... salga!...

Pero un algo de estoico fatalismo, también la ilusión de amor, sin duda, excluyeron del espíritu de Josefina muchas vanas y atormentadoras reticencias de falsa voluntad; y el eterno Minotauro consumó en ella el sacrificio de una víctima generosa y lealmente rendida a su destino.

II

Ingenua, ignorante o alimentando hasta el último extremo una esperanza ilusoria, Josefina sólo confesó la inesperada consecuencia del pecado cuando su evidencia iba a ser inevitable, y aquella noticia fué como un rayo para Almanza.

Miró a la infeliz con el temeroso despego que nos aparta instintivamente de la persona a quien de pronto sabemos apestada. Un breve relámpago de orgullo viril no consiguió abrirse paso entre el rudo tumulto que las voces del egoísmo amenazado en su cómoda inercia levantaran en el espíritu del joven a la noticia de su inminente paternidad.

¿Qué hacer? Era el escándalo, era el compromiso que encadena a una pesada e indefinida responsabilidad, la complicación enojosa, irritante, el huésped conturbador con quien no se contaba y que aparecía de pronto reclamando su puesto en la vida hasta entonces descuidada, clara, libre, de aquel que, sin querer, lo había evocado tontamente.

—¡Qué cosa! ¡A mí me había de tocar! Todos hacen lo mismo sin que les pase nada, y yo resulto ganando semejante clavo!

Josefina tenía padre y un hermano. Gritería, disgusto, peligro... Verdaderamente era aquella una estúpida mala suerte.

Ver[illegible] sin otra significación que la del buen rato que se reco[illegible]

Un lan[illegible] una fruta de cualquier cerco del camino; una tra[illegible]go al pasar, co[illegible]or juvenil, que salen convirtiéndose de repente [illegible]vesura de buen hu[illegible]vida; un festivo y fugaz juego que de pronto [illegible] en un problema de la [illegible] pronunciamiento del destino, anudando [illegible] reviste la severidad de un

con rigor absolutamente imprevisto tres existencias, haciendo ceñudo un porvenir hasta entonces claro y llano...

¡Oh! ¡Era demasiado! Nadie piensa comprometerse tanto por tan poca cosa!

¡Un niño! Una vida, una vida de retoño espúreo engendrado por él... Almanza comprendió el horror de los animales que se apartan temerosos de los cachorros que engendraron, cuando se les acerca al lugar donde se remueven en torno de la madre.

Siempre hay un poco de "tempestad bajo un cráneo" en tales circunstancias, cuando no se trata de un desalmado, y con su hervor de ideas bulléndole en la cabeza, Almanza se fué a ver a Chafar.

—¡Qué te parece! ¡Qué historia!

—Sí... es una complicación embromada; pero, en fin, nada del otro mundo.

—¡Nada del otro mundo... nada del otro mundo!... ¡Ya lo sé! Pero no por eso deja de ser un trastorno endemoniado. ¿Qué hago yo?

—Ps... Seguir adelante como te parezca.

—Lo que se me ocurre es disparar, irme...

—¡Y bueno! Te vas.

Chafar era estudiante de medicina a macha martillo, con empeñosa convicción de impersonalismo científico. Complacíase infinito en sentirse siempre sólidamente plantado ante el caso o el fenómeno, en la fría actitud intelectual de quien observa o diagnostica. Se había forjado como expresión profesional un positivismo médico feroz, calumniándose rudamente, pues con su gran corpachón un poco bárbaro y su cara de rubio despertado "con luna" de la siesta, — máscara de dureza reciamente científica, — era un buen muchacho, sólo por esfuerzo de voluntad rebelde a veces a las reacciones sentimentales de buena ley.

Abierto de piernas ante Fernando, con su inseparable blusa de practicante, y mirando con sus relampagueantes gafas hacia las enfermizas plantas del hospital, que asomaban sus puntas tras de la ventana ancha y desnuda, Chafar enfocó el caso no sin cierta contenida irritación.

¡El hijo! Debiera pensarse en él como un grave estorbo, para evitar el mal cuando nada obliga a hacerlo. ¡Pero no! Todos quieren darse el gusto contando con que sólo embroman a la pobre mujer, y después salen jeringando con las consecuencias... Por lo demás, hijo de accidente; caso que todos liquidan dejando al personal de la sala respectiva el trabajo de entenderse con la enferma del vientre...

Y tras un instante de silencio, con toda su crudeza profesionalista:

—Una sirvienta como programa... ¡Claro! Sería amputarse el porvenir... Supurá no más.

Cualquier otro consejo hubiera chocado con la gravitación total de las ideas de Almanza, que habían ido unificándose cada vez más en un deseo vehemente de huir, de substraerse a aquella situa-

ción volviéndole la espalda a ojos cerrados; una descarada cobardía de hombre comprometido en un asunto feo y un despego de miedosa repulsión a la idea del chico le empujaban premiosamente a "supurar", como había dicho en su jerga médica el otro; — a eliminarse rápido.

Sus exámenes (¡malditos exámenes!) habían concluido. Estaba indicado, como diría Chafar, el viaje de vacaciones a cualquier remota estancia de un amigo...

Sus padres le vieron muy complacidos hacer con presurosa actividad las maletas.

—El campo sienta muy bien a los muchachos después de los sofocones de fin de año, — decía el señor Almanza.

La prisa de aquella fuga, calculadamente acentuada, sólo dió espacio a unas apuradas palabras que Josefina escuchó respondiendo con una eterna mirada de pálido inmutamiento que hacía vagar cobardemente la mirada del presuroso viajero.

—No tengas cuidado... Todo se va a arreglar... Voy a preparar allá... Te aviso dentro de tres o cuatro días... Quédate tranquila... Todo se va a arreglar...

Y, acosado hasta la hora de la partida por la zozobra de una escena, de una denuncia, de la catástrofe de su egoísta solución, volvió al fin la espalda a todo aquello, descargándose al arrancar el tren con un final encogimiento de hombros..

III

La pobrecita tuvo su hijo en el hospital.

En aquel terrible trance de su vida estuvo sola; sola con la soledad de las abandonadas, de las rechazadas, de las desamparadas.

En esa hora crítica de la maternidad, aquellas para quienes es venturoso dolor reclaman y tienen las más esmeradas solicitudes del cariño. Para Josefina, la hora de la maternidad consumaba el derrumbamiento de su vida: su concepto ante sí misma y ante los demás, su porvenir, sus ilusiones amorosas, todo caía desmoronado en ruinas sobre su alma, y no tuvo en aquella hora amarga una mano amiga que la sostuviera con confortante presión de cariño.

Cuando se vió abandonada por el hombre a quien había hecho la ofrenda de su juventud, cayó en un sombrío abatimiento de desesperanza y tristeza; pero el sentimiento de su consagración por el destino a temprana misión maternal la levantó como en una dolorosa gloria.

Abandonó con resignado y sencillo valor de renunciamiento la casa de Almanza.

La señora, sorprendida por aquella tan imprevista como obstinada decisión, quedó diciendo para sí con despecho: "¡Todas son iguales!" — cuando Josefina se alejaba para siempre en la tristeza de una despedida cuya dramática significación sólo ella podía sentir.

El padre de Josefina era un español violento y autoritario. Josefina se torturó largamente la cabeza en esas terribles noches en que la mente forcejea con el problema implacable, para hallar el medio de eludir el descubrimiento de su falta. Después de mucho bregar, el espíritu cansado y el cerebro dolorido la entregaron a la señora Dianela, una buena mujer que tenía cierta posición dentro del ambiente social de su familia, y le confió su vergüenza en un difícil desahogo. La pobre señora, que la quería bien, recibió con esto un golpe de esos que hacen tambalear.

—¡Criatura! — exclamó. — ¿Y ahora?

¿Y ahora?... Era la pregunta que había estado punzando, martilleando incesantemente, durante tantas terribles noches, el cerebro de la infeliz seducida.

La señora Dianela, sencillamente humana como tantas de esas mujeres que han vivido largo la vida del mundo en que es caso corriente el drama de la muchacha víctima de la aventura amorosa, le evitó a la afligida inútiles aspavientos y recriminaciones, la confortó con el amparo de su piadosa simpatía y afrontó la situación llevándola a su término necesario sin más dilaciones que las exigidas por una atemperante diplomacia preparatoria.

Se produjo la violenta escena que tantos de esos modestos y no muy organizados hogares conocen. El padre quiso matar a la culpable; el hermano se dispuso a matar al culpable; la pobre madre vió atenuado su dolor, el más leal y hondo y triste, por la necesidad de defender a su hija de los paternos ímpetus; y por fin, en medio de la vulgarmente trágica gritería de llantos, denuestos y amenazas, la señora Dianela sacó de allí a Josefina, arrojada de su familia con los más duros calificativos que el bajo vocabulario español puede ofrecer a la indignada cólera paterna, y la asiló en su casa.

De allí la condujo al hospital. La pobre muchacha, casi niña todavía, entró así en la fría sala desnuda, rígidamente piadosa, donde varias enfermeras atendían melancólicas o descaradas dolientes bajo la autoridad de una jefe con quien, al ocupar la pobre Josefina su puesto de dolor y soledad, hablaba un practicante de recia talla y cara científica, en el cual ella reconoció, profundamente avergonzada, a Chafar, el amigo de Almanza.

IV

—Guapa y buenita, la chiquilina, — decía Chafar a Almanza, empleando lo de guapa en la acepción de valiente que le atribuye el léxico criollo. — Sintomatología moral muy equilibrada y firme.

Hablaban de Josefina, tiempo después de la vuelta de Almanza a Buenos Aires. Los meses habían pasado sobre el desagradable episodio de la "complicación genética" — según Chafar — que tan mal rato diera a Almanza.

La ausencia de éste fué interrumpida por una grave enfermedad de su padre, que lo trajo presuroso a su casa y lo retuvo

total y angustiosamente absorbido por las inquietudes que el estado del paciente suscitaba. El mal obedeció a los esfuerzos y cuidados prolongándose, pero no cedió, y Almanza perdió a su padre.

Esto no le había dejado tiempo ni espíritu para interesarse en los resultados de la aventura que le alejara fugitivo, y cuyo recuerdo, por lo demás, estaba bastante borrado como motivo de preocupación.

Con todo, pasado el peligro o la sensación de los peligros con que el lance le amenazara, la imagen de Josefina había podido cruzar una que otra vez por su memoria sin que se asociaran a ella esas impresiones desagradables de lo que nos fué penoso un día; y antes por el contrario, dejando en el ánimo del joven cierta complacencia de vanidad y un cierto halago de amables sugestiones.

La circunstancia de haberla llevado el albur a la sala de hospital en que era practicante Chafar, trajo un día la conversación sobre la pobre muchacha, en términos que interesaron la curiosidad y poco a poco el sentimiento de Almanza.

Chafar, que la había visto alguna vez en casa de éste, la reconoció en el hospital y tuvo ocasión de aliviar con algunas atenciones la tristeza de la pobre madrecita; advirtió en ella cualidades que se la hicieron estimable hasta el punto de despertar en aquel su espíritu que él se esforzaba en disfrazar de cosa puramente científica, un protector cariño que interesó de nuevo la afectividad de Almanza con las sobrias, pero elocuentes noticias que le dió de aquella mujer casi niña que él había arrojado así al hospital y que había asumido con sencilla y resignada entereza el deber que él rehuyera con tan desnudo egoísmo. Sobre todo, le enterneció sonrojándolo hasta lo más íntimo, la evocación de la pobre Josefina tejiendo, callada y solitaria, esas menudas prendas de punto de lana, — batitas y escarpines, — que anticipan la forma de un cuerpito por nacer...

Esta evocación surgió al toque fugaz de unas pocas palabras de Chafar, pero quedó muy viva en el espíritu de Almanza, que de cuando en cuando, repentinamente, se sentía invadido por el estremecimiento de una emoción en que había vergüenza de sí mismo y ternura por un algo sentido y no conocido, al recuerdo de aquellas pequeñas prendas destinadas por la amorosa previsión maternal a cubrir el cuerpito del hijo esperado...

¿Adónde había ido Josefina?

Valerosamente decidida a luchar, con la tenacidad propia de aquella especie de estoico fatalismo que había en el fondo de su carácter y que tenía cierta energía de altivez; resuelta a no afrontar los rigores que en su casa tendría que sufrir aún en el caso de que su padre y su hermano se avinieran a admitirla en condición de arrepentida, confió por el momento su hijito a una mujer que la señora Dianela se ocupó de encontrar, y con la ayuda de

la misma señora Diamela acabó por emplearse en el despacho de una tintorería que le resultó tranquilo y decoroso refugio.

Allí, pasando casualmente, la vió un día Almanza.

Ella envolvía con prolija atención un vestido para entregarlo a dos clientes que lo esperaban, y al despedirlas, su mirada tropezó con la figura de Almanza, que, parado del lado de afuera ante el cristal del escaparate, la miraba.

La conmoción que Josefina experimentó fué extremadamente violenta, y esa casi parálisis de inmutamiento que el golpe emocional produce la hizo aparecer severamente fría en aquella circunstancia, ocultando el repentino huracán interior.

Por un impulso maquinal que tradujo en reposada lentitud la vaguedad de la conciencia, bajó la cabeza y se retiró al interior. Cuando, con un gran tumulto en el corazón, se vió obligada a reaparecer, por una nueva cliente, él ya nó estaba.

Josefina sólo conservaba como marca viva en su alma el recuerdo de la cobardía con que aquel hombre la había abandonado indefensa a los terribles trances de vergüenza y desamparo que la hicieran sufrir indecible tortura moral. En realidad había llegado a sentirlo muy inferior a ella, despojado de todo rasgo de gallarda o serena virilidad que pudiera dar punto de apoyo a un resto de amor o de estimación. Ella, en cambio, se había hecho mujer frente a la vida, y mujer capaz de regir su destino.

Sin embargo, al verle de nuevo, sin que sus sentimientos despertaran cambiados, conoció cuánto lugar había tomado aquel hombre en su vida a pesar de todo, por ser el que la había hecho suya, el que había cambiado su destino, el que era padre de su hijo. Una cosa triste e irremediable.

Esa misma tarde recibió una carta, escrita allí cerca, en cualquier mesa; una carta amorosamente humilde, de confuso arrepentimiento, que la dejó largo tiempo con la mirada perdida y el pensamiento en vago, olvidado el papel en la mano que descansaba sobre la rodilla.

¿Qué sentía? Nada; un vacío melancólico lleno de gérmenes de pensamientos.

Luego, vino otra carta, y otras; muy larga una, con calurosas explicaciones. Había perdido la cabeza, se había asustado; era un muchacho... Sus padres, su madre, sobre todo... No supo lo que hacía; ahora era otra cosa... Se sentía dueño de sí... Quería hablar con ella...

Entretanto, había pasado una y otra vez, pero sin detenerse, retardando sólo el andar frente a la vidriera. Después de la carta larga, apareció de nuevo ante el escaparate y quedó allí largo rato mirándola con su mirada mansamente insinuante, tristón, pero esperanzado, mientras ella atendía nerviosa a la clientela. Estaba de luto...

Se fué y volvió.

Luego, en un espacio en que quedó sola la tienda, ella lo miró a su vez. Bajo el bigote bonachonamente caído hasta el retorci-

miento de las guías, la boca bondadosa dibujó una sonrisa; la sonrisa de otros días...

Ella lo miraba; sintió de pronto dibujarse también aquella sonrisa en sus propios labios, como si pasara a ellos por contagio de simpatía, y se encontró sonriéndole a su vez con la rara y feliz impresión de sentirse otra.

V

La reconciliación determinó una efusiva y tierna luna de miel.

Ambos sentían la alegría del estado de cosas que, flotante e incierto, no rematado por su solución propia, se precisa al fin en ella. Volvían a encontrarse a sí mismos al encontrar recíprocamente el eje de sus respectivas vidas, desorbitadas por la separación que frustrara la común novela. Aquello había quedado tan mal... En ambos, el descontento de la propia conducta y de la situación por ella creada; en Fernando, el de su vileza de seco egoísmo; en Josefina, el malestar de su destino tan gratuitamente malogrado.

Almanza se instaló con ella y el chiquito en una posesión de campo que había dejado su padre, — pequeño campo de invernada con algo de siembra y una agradable casita, — donde era señor independiente a favor de la distancia y de la ausencia de su madre, a quien un hermano ofreciera un viaje de distracción a Europa para atenuar el rudo golpe de la viudez.

Josefina había adquirido en su animosa lucha de los días difíciles ese asentado rasgo de personalidad que da el ejercicio de la acción ante la necesidad de bastarse a sí mismo. En ella se sentía ahora la mujer bajo las suaves líneas de una juventud desarrollada con manso empuje de equilibrada energía vital. Su pequeña cara seria y su frente juiciosa habían adquirido una visible autoridad dentro de la actitud de discreta modestia que era en la doncellita de antes rasgo típico; y en su nueva situación de dueña de casa no había ni impertinencia ni encogimiento.

Naturalmente razonable y con la experiencia del desengaño, no se hacía ilusiones definitivas sobre posibles ulterioridades nupciales, aunque, como siempre en tales casos, no dejaba de ser esto un vago y grato miraje allá en el fondo; pero, entretanto, descansaba en la complacencia de aquel feliz estado de cosas.

Su ilusión por Fernando había sufrido un golpe demasiado rudo; lo había visto en toda su insignificancia de mozo sin entereza ni viril generosidad de ánimo ante el compromiso de su bienestar; se había encontrado superior a él, y no podía ser ya aquél el galán de sus amores, el que soñó como toda muchacha en su primer ensueño del corazón. Pero su vuelta a ella era un éxito de sentimiento y una satisfacción de amor propio que la complacía a punto de sentirse como nuevamente enamorada de él; y sus ojos sentimentales irradiaban bella luz de esplendor femenino, y el menudo amontonamiento rojo de la boca ostentaba una plenitud de riqueza verdaderamente voluptuosa.

Fernando sintió al tenerla así suya en la cómoda tranquilidad de su independencia actual, la epicúrea beatitud de quien disfruta en paz, por feliz combinación de circunstancias, un bien torpe e inquietamente gozado antes en la agitación de un momento espinoso, indigesto, preñado de malos recuerdos.

Al recobrarla, convertida en una mujer física e íntimamente superior a la que abandonó en medio de la rápida borrasca de aquel desagradable momento, una efusiva llamarada de amor codicioso lo envolvió todo, y fué para él placer mimarla y regalarla a porfía, en tanto que el niño, su hijo, — ahora estaba orgulloso de haberlo tenido, — establecía entre ellos un vínculo de ternura que daba la ilusión de una amorosa vida de hogar. Y a la caída de las bellas tardes, mientras el muchachito juega ante la galería de la casa sobre la fragante gramilla punteada de menudas flores blancas, y se difunden en el espacio sereno los rumores precursores del anochecer en el campo vasto y grave, Almanza siente su ánimo gratamente mecido por la vaga ráfaga que mece el cercano trigal con leve murmullo, hamacando en lánguido cabeceo, los esbeltos penachos de las espigas.

VI

El niño juega juicioso y en silencio, destacando su blanca figurita en cuclillas sobre el verdor fragante de la gramilla, ante la galería de la casa. Combina y dispersa cositas de madera con esa tenaz paciencia de los niños abstraídos en la tarea que los entretiene. Del interior llega a ratos la voz de Josefina dirigiendo la sirviente o haciendo encargos al peón.

Almanza, desde una mecedora instalada bajo el alero de la galería, sigue con vaga mirada el silencioso juego del niño, envolviéndolo de cuando en cuando en la beatitud de su sonrisa bonachona.

Pero su sonrisa bonachona se desvanece a menudo en melancolía de ternura que vela y entristece la mirada, ora fija con fijeza de meditación, ora perdida tras esas volantes rondas de pensamientos que arrastran en sus caprichosos giros la mente.

Esta actitud de Almanza se ha hecho frecuente a medida que ha ido corriendo el tiempo.

El hecho de la carrera terminada vino a traer una nueva actitud de espíritu ante el horizonte de nueva etapa que ese acontecimiento abre en la vida, con sus sugestiones de la necesidad de una acción que ha de ir forjando el destino como obra personal, metódica y responsable del que así se siente en el caso de "vivir en serio", al sentir concluida la época de fácil despreocupación estudiantil.

El problema del futuro, de la organización de la vida, de la posición que ha de ocuparse en el mundo, entró así a solicitar la atención de Almanza; las solicitaciones exteriores, — figuración social, relacionamientos mundanos y profesionales, — fueron desintegrando cada vez más la unidad que sólo a favor del aisla-

miento podía conservar aquella existencia en familia que, sin embargo, lo había hecho feliz con su ambiente de plácido decoro.

Las preocupaciones hostiles a la conformidad con esa situación fueron así, en el correr del tiempo, invadiendo cada vez más el espíritu de Almanza al amparo de la reserva de su libertad para fijar fuera de aquel hogar de hecho las condiciones de su futuro definitivo; reserva que mantuviera siempre firme sobre el concepto del matrimonio de buena ley social a producirse en su oportunidad. Y así sobrevino allá en la ciudad el noviazgo con una señorita de posición, y ese noviazgo acusaba, hacía ya más de un año, los inconvenientes de la doble vida que había venido a constituir con la familia instalada tres años antes en el refugio campestre.

De aquí que la mirada de Almanza se enturbie con frecuencia melancólicamente al seguir los juegos del niño sobre cuya feliz y confiada ignorancia se cierne la amenaza de un necesario cambio de la realidad actual. El drama se insinúa otra vez en la vida de Almanza; ahora menos agitado, pero más hondo, afectando fibras muy íntimas y muy sensibles; aquel niño va a ser más o menos pronto sacrificado a la solución necesaria del problema que ya atormenta al padre. ¿No hubiera sido mejor no haberlo conocido, que lo hubiera llevado lejos la corriente que empezó a arrastrarlo en el mar de la vida cuando era una cosa sólo vagamente sentida en su existencia?

Y bien, ¡no! A pesar de todo, ¡no! Llegó a él sin conocer la palabra "papá" (que después fué "papachito"); con un nombre que él no había contribuído a ponerle, y que no era el suyo; llegó siendo ya Julito; pero era íntima, radicalmente su hijo, la tierna vida nacida de su vida, cifra infantil de todo el cariño que él había sido capaz de sentir y que ahora se fundía en inmensa lástima paternal...

Mientras una vez más aquella tarde sigue la mente de Almanza el curso de estas ideas, el niño ha interrumpido un par de veces su juego reclinándose sobre el césped con inquieto desgano para recomenzarlo a poco con lánguida voluntad. Luego, a favor de la distracción meditativa de Almanza, se dirigió lentamente al interior de la casa, y poco después los pensamientos de aquél eran cortados por la presencia de Josefina que, revelando inquietud en la cara y en la voz, le dijo:

—Fernando; ven a ver al nene, ¿quieres? Se ha enfermado.

—¿Qué? Pero si estaba aquí, jugando...

—Entró lloroso, con la cabeza pesada y dolorida y me parece que tiene mucha fiebre. Llora y...

En efecto. Almanza encontró a su Julito, a quien Josefina había acostado, agitándose febril. Al acercarse, el niño lo rechazó con un ademán de fatigada incomodidad y se volvió a la madre, lloriqueando con pueril angustia.

La fiebre, alta ya, avanzaba rápidamente. Se produjo la agitación de alarmada zozobra que los padres de un niño que se agrava conocen bien.

Mientras Josefina aplicaba a Julito esos vanos remedios a que precipitadamente recurre la ansiedad maternal,—paños de agua de Colonia en la frente ardorosa, cucharaditas de una poción cualquiera — interrogándolo y suplicándole amorosa y conmovida, Almanza, tras inútil y agitado andar de persona que no sabe qué hacer ante una situación crítica, resolvió mandar un peón al pueblo en busca del médico. Había entrado ya la noche y la distancia no dejaba esperar que el médico viniera antes del día; pero se ganaría tiempo, y en la mañana siguiente tendría ya asistencia el enfermo...

El peón montó a caballo y se perdió en la obscuridad.

Josefina y Almanza pasaron la noche en la pieza de Julito, tomados con fuerza de las manos mientras el niño dormía jadeando, con entrecortado delirio; acudiendo ella a preguntarle y consolarlo y acariciarlo cuando se despertaba lloroso o quejumbroso; paseándose él agitadamente, y deteniéndose con estúpida pertinacia ante la ventana que daba al campo negro.

Fué por fin amaneciendo. La impaciencia comenzó a hacer larga la demora del médico, que no estaba aún allí. Pero al salir el sol, el galope de caballos refrenado ante la puerta anunció la llegada del tan ansiosamente esperado, y el doctor Van Halst entró luego en la obscurecida habitación.

VII

Tras un período agudo que persistió un par de días, Julito empezó a mejorar. Mejoría un poco difícil, de naturaleza rudamente conmovida.

—Niño muy nervioso, — había dicho, mientras lo examinaba y asistía con su reposada tranquilidad, el médico aquel. Refleja con mucha violencia el estado anormal. Pero con un poco de cuidado irá bien.

Josefina lo escuchaba levantando hacia él los ojos con intensa mirada de anhelosa fe.

Era uno de esos hombres que inspiran confianza con la sosegada serenidad de quien actúa en terreno largamente conocido, y con su mismo aspecto de salud franca y estable que parecía debiera difundirse en cierto modo al enfermo. Era además afectuoso y sencillo con el niño a quien desde luego trató con alentadora familiaridad.

—¿Cómo vamos, Julito? ¡Julito! ¡No hacer eso, no!... Muy bien; Julito se porta bien; tendrá un regalo.

El doctor van Halst se quedó en la casa todo aquel día de su llegada, que era domingo, y a instancias de Fernando y Josefina, que en esos momentos veían en él la providencia del niño, el recurso seguro contra cualquier contratiempo, hizo noche allí; y al día siguiente, tras una escapada al pueblo, volvió a ofrecer su presencia tranquilizadora.

Había encontrado a Josefina desolada junto a la cama del enfermito, cuando entró a verlo por primera vez: el peinado

desmayado en negras ondas trágicas, los ojos con mucho blanco de apasionada angustia, pálida tez y ojeras de insomnio.

Después de atender al niño, y una vez despreocupado de los cuidados inmediatos, el doctor se dirigió con solicitud de afectuoso cuidado a la madre doliente y abnegada.

—Usted podría descansar un poco, señora; yo quedo aquí.

Ella se negó, agradecida; pero como a la siguiente noche insistiera en permanecer asistiendo al niño, el doctor le dijo:

—No hace falta, señora; usted debe acostarse.

Y como ella hiciera un movimiento negativo, él se dirigió, humorístico, a Fernando:

—Su señora no es obediente. Usted debe darle penitencia.

Y con más firmeza:

—Hágala acostar.

Era una buena persona, médico estimable, llegado de Holanda, su país, unos diez y ocho años antes; tenía cuarenta y seis, sólida y cómodamente llevados. Su sosegada seriedad de carácter y sus hábitos de vida sometida a ritmo uniforme y amplio le hicieron preferir el apartamiento en el campo al bullicio de la capital populosa, y dejó Buenos Aires para ir a establecerse en aquel pueblo que le atribuía la clientela de una buena zona rural. Soltero y modesto, se había ganado allí un bienestar moral y material que podía ser envidiado por los que saben apreciar los buenos goces de la "aurea mediocritas" cantada por Horacio.

Su cumplida reserva afectuosa agradó por igual a Fernando y Josefina, que desde que la enfermedad de Julito les hiciera conocerle, lo acogían con cordial satisfacción. El, por su parte, siguió frecuentando la casa con evidente agrado, siempre solícitamente atento con ella y abierto en natural franqueza con Almanza.

La enfermedad de Julito vino a complicar la situación moral de éste; el peligro de perderlo le hizo sentir en cierto momento muy viva la fuerza del cariño paternal, y luego el problema de la separación con Josefina apareció agravado por la dificultad de lograrla en forma que no lo privara totalmente del niño. ¿Cómo podría hacerse para determinar una separación amistosa, que le permitiera verlo, seguir siendo el padre de Julito?

Esta preocupación y las condiciones de salud del chico, tema común al padre y al médico, trajeron a menudo entre ambos la conversación sobre la familia, a lo largo de esos lentos paseos arriba-abajo de un sendero arbolado que crujía al paso de los dos hombres con el resquebrajamiento de las hojas secas ya abundantes. Fernando no ocultaba en general la naturaleza de su situación con Josefina; como acto de conveniente franqueza respecto de las personas que con ellos trataban, y porque así, como consorcio accidental lo sentía naturalmente, y porque ello evitaba la consolidación de aquel estado de cosas por el concepto no rectificado de los demás.

El médico vino así a conocer no sólo la realidad del caso, sino el carácter transitorio que Fernando atribuía a su vinculación con Josefina, y que era fácil de advertir sin mucha suspicacia.

Esto determinó al cabo de algún tiempo un gradual pero sensible cambio en la actitud de van Halst.

El médico, sin salir de los límites formales de su cumplida circunspección, llegó poco a poco a afirmar con una cierta franqueza más directa su solicitud amistosa para con Josefina. La consideración respetuosa subsistía sin desmedro, pero dijérase que había cambiado de punto de vista y de punto de mira.

Almanza lo advirtió al cabo, y orientado su interés en ese sentido, supo que el médico, a quien había encontrado ya un par de veces en su casa, esperando su vuelta de la ciudad para comer con ellos, había anticipado así su visita para sostener espaciosos diálogos con Josefina, a lo largo del sendero de árboles recorrido con lento paso arriba-abajo, abajo-arriba.

La observación sobre Josefina le hizo notar en ella actitudes de quien medita preocupado con alguna idea que vuelve insistente, y la sospecha de que algo había entre ellos le punzó molesta.

¿Era que el "gringo" aquel había encontrado buena la situación para aprovecharla organizando a su costa un cómodo "ménage a trois"? La abierta franqueza y limpia mirada de buena fe con que el holandés afrontaba siempre su presencia, aun a su llegada de vuelta de la ciudad aquellas veces que lo encontró ya en la casa, podían hacer dudar aún al prevenido. En cuanto a Josefina, con meditaciones y todo, no dejaba advertir nada que pudiera tomarse como síntoma de situación equívoca. Sólo que de pronto solía quedarse mirándolo con una larga mirada pensativa...

Almanza se sintió irritado, con sorda y viva irritación de macho inquieto en su seguridad de dueño único.

Aquel pesado holandés no tenía, seguramente, el garbo de un rival, y él, Almanza, necesitaba al fin deshacerse de Josefina, pues que estaba por casarse; pero no se avenía a que se le burlase mientras subsistía la situación que obligaba a respetarlo, aprovechándose de su confianza como de la de un pobre marido calzonudo...

Se puso chocante y empezó a zaherir a Josefina con perversas alusiones a la asiduidad del "gringo".

Ella las dejó pasar una y otras veces con tolerante y como fatigada displicencia. El se encontró en ridículo ante aquella apacibilidad, y se prometió corresponder con una despectiva indiferencia.

La situación se había hecho así odiosa y mortificante, cuando una tarde el doctor van Halst, que se había eclipsado durante unos días, apareció y le hizo saber a Almanza que quería hablar a solas con él.

VIII

—Yo me he decidido a tratar con usted un asunto muy delicado, señor amigo,—empezó diciendo van Halst con su natural reposo de persona sosegada que habla, además, un idioma extranjero.—Muy delicado, difícil. Y usted tendrá que disculparme que yo toque algunos puntos de... de vida privada; pero, como verá después, es preciso.

Almanza, ceñudo e interiormente provocativo ante aquel hombre de quien sospechaba, sintió, desde luego, relegadas sus prevenciones por una inquieta curiosidad, y le hizo indicación de seguir.

—Usted ha tenido a bien hacerme saber, doctor Almanza, que no está casado con la señora. Esto no hubiera tenido importancia si no hubiera usted manifestado en alguna forma, (o yo lo he entendido así) que esa es sólo una situación transitoria, que no podría durar siempre.

E hizo una pausa dando lugar a alguna palabra de Almanza, quien, sin comprometer una afirmación ni una negativa, le hizo señal de continuar, lo que implicaba autorizarlo a hacer uso de la premisa sentada.

—Pues bien, doctor Almanza. Usted me disculpará si hiero, por error, algún sentimiento ¿eh? Pero yo necesito hablar con franqueza. Yo sé, naturalmente, cómo suelen ser estas cosas de la vida: el hombre joven se encuentra al fin con que lo sucedido puede ser un obstáculo a su porvenir... Es preciso recobrar la libertad, aunque sea sensible... Crisis difíciles y tristes... Esto me ha decidido a hablarle; lo que pienso sería una cosa propia de mi parte y quizá buena para usted. En suma: yo estaría dispuesto a casarme con la señora.

Almanza hizo un movimiento indefinido y no encontró, en el vivaz juego de múltiples ideas que aquella declaración le produjo, la palabra de la situación.

Van Halst aprovechó ese silencio no hostil para explicarse.

—Mi caso tal vez lo sorprende, pero es simple. Soy un hombre así, usted ve; no estoy en edad, ni es mi carácter, como para hacer el amor a las jóvenes; sería una aventura poco acertada, poco juiciosa... Yo creo que, llegado el caso, la señora Josefina sería una esposa digna; he reconocido en ella condiciones bien estimables, y esas condiciones y las perspectivas de su situación, que me inspira afectuosa simpatía, han hecho nacer la idea de formarme un hogar. Creo proceder así con buen sentido... En cuanto a la consideración de otras circunstancias... Nosotros sentimos a veces de modo distinto a ustedes y atribuímos otra importancia a ciertos hechos; nuestra sangre es menos viva y nuestro espíritu más reflexivo. Un buen futuro, digno y tranquilo, vale el olvido de un pasado que pueda olvidarse.

Almanza se sintió combatido por una nutridísima agitación de ideas diversas y confusos sentimientos. Desde luego, era tan bizarra la situación... Aquel hombre que le pedía a él mismo su propia querida en matrimonio... Había elementos para una escena de comedia bufa. Y, sin embargo, la rectitud de criterio y el sentido de la finalidad juiciosa imponían con muy simple claridad sus derechos en el lenguaje y en la mirada del sensato interlocutor. Era la serena prosa de la vida razonablemente concebida, la que se presentaba a dar solución al accidentado, cuando no tumultuoso y torpe proceso de una novela mal llevada.

—¿Le ha hablado ya usted de esto a ella?—dijo con perversa sorna recordando sus sospechas.

—¡Oh, no! No hubiera estado bien en mí. Yo era recibido aquí como amigo, por usted. Ella habría debido formarse un mal concepto, también. He procurado solamente tener algún trato con ella, hacerme conocer, y conocer su espíritu.

Almanza quedó en silencio. La leal buena fe de aquel hombre obligaba a considerar el caso con altura y sinceridad; él venía a atribuir nuevamente a su conducta la decisión del destino de Josefina.

—Usted comprenderá que yo debo conocer la opinión de la señora...

—Es necesario, — contestó sencillamente.

—Pero... — agregó Almanza buscando inconscientemente un pero que de inmediato asumió vital importancia en su espíritu,— está el niño.

—Julito,—dijo van Halst con sonrisa amiga.—Julito quedará, si usted tiene confianza, con la madre y a mi cuidado. Y usted sabe que estará bien,—concluyó con natural y firme acento.—Usted podrá verlo cuando le parezca..., donde usted lo indique. Yo se lo llevaré, doctor.

Hubo otro silencio; éste más denso y obscuro en el ánimo de Almanza.

—Está bien,—dijo por fin extendiendo lentamente la mano a van Halst. Hablaré con la señora.

IX

El complicado tropel de ideas que la manifestación del médico precipitara en el espíritu de Almanza fué arreciando en términos que hubo de llamarse un poco a cuentas él mismo para definir su estado de ánimo antes de plantear la situación con Josefina.

Había allí sorpresa, desconcierto, inquietud ante la inminencia de la posible crisis decisiva, esperada, deseada, y ahora temida en medio de una extraña alegría a la idea de aquella imprevista solución del problema que lo mortificaba hacía tiempo; solución que podía dejar las cosas tan felizmente arregladas; en pacífica y digna estabilidad Josefina; sin remordimientos ni preocupaciones él; substituído el deslizamiento al choque; Julito en un hogar que sería el suyo, el de su madre; y que no despojaba de sus derechos el cariño del padre, ajeno a ese hogar...

Imaginada según el deseo, no podría haberse combinado mejor.

¡Y sin embargo!...

Era preciso definir la situación, por lo menos en cuanto a la actitud de Josefina, y esto le infundía una inquietud chocante.

¿Qué diría? La perspectiva de una manifestación de conformidad, de un sí en cualquier forma, levantaba en él, aun como simple previsión, un rencoroso enojo de amor propio herido en que había también un algo de vago sentimiento maltratado, traduciéndose el

todo en un ánimo de sarcástica malevolencia. Y lo peor es que a la vez deseaba aquella respuesta; y la deseaba no sólo porque era eso lo que él tanto había necesitado para dar fin a aquel estado de cosas, sino porque a tal idea experimentaba una cierta fruición de martirio; sería entonces él el hombre abandonado, con derecho a una grata amargura sentimental... En suma, Almanza sentía viva y compleja ansiedad ante aquella respuesta suspendida en su camino.

Decidióse por fin y fué en busca de Josefina.

—Ese hombre me ha dicho que está dispuesto a casarse contigo.

Ella se sorprendió un tanto; bajó los ojos confundida y luego los alzó hacia él buscando una mirada que no encontró.

—¿Y tú qué le has dicho? — preguntó al fin lentamente.

—Que averiguaría qué pensabas tú de eso.

Y tras un silencio:

—¿Qué respondes?

Josefina lo miró con intensidad ansiosa y arrogante a la vez.

—A ti es a quien corresponde contestar, — dijo.

—¿A mí?

—Sí; tú me conoces y conoces mi situación; de tí depende que yo pueda o no prescindir del apoyo que ese señor cree del caso ofrecer a mi vida.

—Yo no podía aceptar eso por ti.

—¡Pero podías rechazarlo! — replicó vivamente ella. — Bien sabes que podías rechazarlo... ¡Y no has querido!

Dijo esto último más que con amargura, con tristeza de fatigado desaliento.

Fernando conoció que lo sentía otra vez mezquinamente egoísta, incapaz de ponerse a la altura de los sentimientos que lo rodeaban y de los destinos que de él dependían.

En efecto: la respuesta le correspondía a él, y aquella mujer, con la aptitud para definir las situaciones de la vida que da la misma vida cuando ha sido preciso vivir fuertemente, había encontrado de inmediato la fórmula de la realidad. O quizá también la había pensado mucho... Era lo mismo.

Almanza conoció que debía parecerle, una vez más, una pobre cosa si ella lo comparaba con aquel hombre de neta voluntad y recta línea que le ofrecía su nombre y su porvenir. Y no ya respondiendo a su egoísmo, sino a convicción que insensiblemente actuaba en él, a la evidencia de la superioridad moral de aquella solución, pronunció en su interior esa respuesta que a él le tocaba dar, afirmando con ella su liberación y su imposibilidad de luchar, de ponerse al nivel de los otros dos actores en el drama.

Ella lo vió, con tristísima decepción, declararse así vencido, impotente, avergonzado..., y, en el fondo, conforme con la solución

que lo liberaba; lo vió mísero, esclavo de sí mismo, y bajó la cabeza en silencio.

El iba a salir en silencio, también, pero un lamentable "¡Tú lo has querido!"... que dejó oir como vaga excusa final, remató con una pobre nota falsa el diálogo con que terminaba en el alma de los amantes la novela de amor tan mal llevada por ellos y tan bien concluída por la serena prosa de la vida, personificada en el doctor van Halst.

Los médicos la recetan

Los atestados debidamente legalizados de médicos eminentes que constantemente prescriben las Pastillas del Dr. Richards en casos de Dispepsia, Agruras, Mareos, Indigestiones, Náuseas, etc., hablan por sí mismos. Miles de médicos de todas partes hacen constar en sus atestados (de los que tenemos muchos en nuestras oficinas) que en las Pastillas del Dr. Richards han encontrado el mejor preparado conocido para combatir las enfermedades del estómago, y que por años y años vienen recetándolas obteniendo siempre los mejores resultados.

El infrascrito, Médico Cirujano de la Facultad Nacional de la República de Colombia y de la Facultad de París

CERTIFICA

Que por espacio de muchos años tiene adaptado a su formulario para los casos de dispepsia y demás enfermedades del estómago las Pastillas del Dr. Richards, habiendo obtenido curaciones asombrosas en las afecciones que anuncia el autor de ellas en la hoja de instrucciones en que va envuelto cada frasco. También ha obtenido magníficas curaciones con las Pastillas del Dr. Richards en enfermedades del estómago, como úlceras simples y alcohólicas, estomatitis ulcerosas por efectos del tialismo mercurial y varios casos más que sería muy largo describir aquí. Entre estos se halla uno muy sobresaliente de la señora Inés Malo de esta capital, a quien se le aplicaron diferentes tratamientos para la curación de un tumor en la región hipogástrica sin resultados apetecidos, habiendo obtenido la curación de dicho tumor con el uso de las Pastillas del Dr. Richards.

En fe de lo escrito, da el presente certificado en Girardot a primero de agosto de 1916.

(Firmado): **Dr. Manuel García.**

Yo, Inés Malo, certifico que lo expuesto en este testimonio por el doctor Manuel García es verídico, y doy mi autorización para que la casa productora de las Pastillas del Dr. Richards haga el uso que crea conveniente de este certificado. Y para que conste firmo el presente en Girardot a primero de agosto de 1916.

(Firmado): **Inés Malo.**

La Novela Semanal

Aparece todos los lunes con una obra completa e interesante de los mejores escritores argentinos.

PRECIO DEL EJEMPLAR: $ 0.10. — Suscripción única anual $ 5.—

PUBLICADAS

37. **El hombre de la barba en punta**, de Miguel R. Roquendo.
38. **La Casa de los Cuervos**, de Hugo Wast (G. Martínez Zuviría), en 2 p.
39. **El alma de Buenos Aires**, por Enrique Gómez Carrillo.
40. **Una "girl"**, por Agustín Remón (número extraordinario).
41. **Córdoba Triste**, por Luis Rodríguez Embil.
42. **Trinidad Guevara**, por Enrique García Velloso.
43. **El Hambre**, por Pedro Sondéreguer.
44. **El Ucumar**, por Ricardo Rojas.
45. **Poligamia sentimental**, por E. Carrasquilla Mallarino.
46. **"Chez Mme. Lucie"**, por Julio del Romero Leyva.
47. **La historia de la muchacha**, por Agustín Remón.
48. **"Caballero Andante"** — Homenaje a Diego Fernández Espiro, por Hugo del Monte.
49. **"El chino del Dock Sur"**, por Héctor Pedro Blomberg.
50. **"El cocobacilo de Herrlin"**, por Arturo Cancela.
51. **El Héroe**, por Eligio González Cadavid.
52. **Una Historia Absurda**, por Pilar de Luzarreta.
53. **Confesiones de una mujer**, por César Carrizo, en tres partes.
54. **"Le jour de Gloire est arrivé"**, por Julián de Charras, en homenaje a los aliados.
55. **Los ojos negros**, por José López Silva.
56. **La Pasarela**, por Otto Miguel Cione.
57. **La psicología de los celos**, por José Ingenieros.
58. **"Homunculus"**, por Pedro Angelici.
59. **El Marqués de Santalicia**, por Sara H. Montes.
60. **El misterio de la calle Maipú**, por Alfredo Palacios M.
61. **"Stella"**, por César Duayen, en 2 partes.
62. **"La Suerte"**, por Pedro Sondéreguer.
63. **El Capitán Morillo**, por Julio Llanos.

Cúrele el resfriado a su hijo, dándole a tomar el Jarabe de Higos "California"

Limpia el hígado y los intestinos delicados, y el niño se cura instantáneamente.

Cuando su hijo tenga un fuerte resfriado, no aguarde más tiempo; dele a su pequeño estómago, hígado e intestinos, un laxante suave, pero eficaz. Si el niño está intranquilo, malhumorado, indiferente, pálido, no come, no duerme ni se porta bien; si tiene el aliento fétido y el estómago ácido, dele una cucharadita del Jarabe de Higos "California", y en pocas horas desaparecerá de sus intestinos ese estreñimiento venenoso, bilis ácidas y comida no digerida, y el niño volverá a estar sano y contento.

Si su hijo tose, y ha cogido un resfriado, o está febril o tiene mal la garganta, dele una buena dosis del Jarabe de Higos "California", para limpiar los intestinos, no importa que se le esté dando otro tratamiento.

No hay que instar al niño enfermo para que tome este "laxante de fruta" inofensivo. Millones de madres lo tienen siempre a la mano, porque conocen su acción en el estómago, hígado y los intestinos y saben que es rápida y eficaz. También saben las madres que un poco de este jarabe que se le dé hoy, salvará al niño enfermo mañana.

Pídale al boticario una botella del Jarabe de Higos "California", que contiene las direcciones completas impresas en cada botella, para niños de todas edades y para adultos. Cúidese bien de otros jarabes falsificados de higos. Compre el genuino, fabricado por "California Fig Syrup Company".

...acompañarán a Vd. si hermosea su rostro con el exquisito, adherente y perfumado

POLVO GRASOSO

Brissac.

PARIS

y acierta la solución al tomar parte en este

GRAN CONCURSO

¿Cuántos granos de arroz contiene la caja?

$ 10.000 m/n repartidos en 200 valiosos obsequios

Defiriendo al gentil pedido de numerosas favorecedoras, que no pudieron remitir soluciones por falta momentánea de este admirable producto de tocador en algunas casas de venta, hemos resuelto postergar la clausura definitiva de nuestro grandioso concurso hasta el 31 de Marzo próximo.

Cada solución debe remitirse DENTRO DE UNA CAJA VACÍA DE POLVO GRASOSO "BRISSAC" cerrada con su correspondiente tapa, envuelta en un papel y franqueada con una estampilla de cinco centavos, indicando "muestra sin valor". Para mayores detalles solicite el folleto que reparten las Farmacias, Tiendas, Perfumerías, etc., donde Vd. se provee.

PRECIO DEL POLVO "BRISSAC": $ 1.40 LA CAJA

UNICOS CONCESIONARIOS:

L. AUBERT & Cia.

1958, Chile, 1972 - Buenos Aires

U. T. 7260, Libertad

Aguas de Colonia

Destiladas sobre flores.

LE SANCY

SIMPLE - Frasco verde		AMBRÉE - Frasco blanco	
Grande	$ 3.70	Grande	$ 5.70
Medio	„ 2.20	Medio	„ 3.30
Cuarto	„ 1.50	Cuarto	„ 2.—
Chico	„ 0.45		

LOCION

De rica e inconfundible fragancia

$ 2.90

Nora

Extra fina

Frasco grande	$ 7.50
„ medio	„ 4.50

Dur

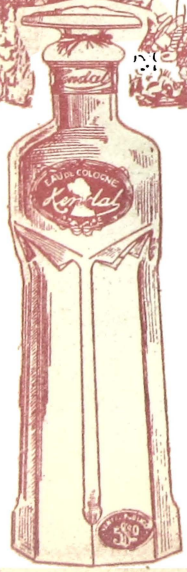
Exquisito y suave

Frasco grande	$ 5.80
Loción	„ 3.60

Kendal

Unico por su delicado aroma

Frasco grande $ 5.80



NOTA: *Estos precios de venta para las Aguas de Colonia rigen solamente en la Capital. Para el interior se aumentan 20 centavos los frascos grandes, tamaño de un litro, y 10 centavos los demás.*

DE VENTA EN TODAS LAS TIENDAS, FARMACIAS Y PERFUMERIAS

POLVO de NIEVE

LE SANCY

De notable adherencia y perfumado con riquísimas esencias.

PRECIO $ 1.70 LA CAJA

BLAS L. DUBARRY

468 - MEDRANO - 478 Bs. Aires